

**ENSAYO SOBRE LA MARIOLOGÍA DE SAN PEDRO DAMIÁN,
PRECURSOR DE SAN BERNARDO⁹⁷**

Tollit facultatem sermonis materia singularis.

“Faltan las palabras ante realidades tan singulares”
(*Serm.* 45: PL 144, col. 742 D).

Debemos alegrarnos por el creciente interés que, sobre todo desde hace unos treinta años, historiadores, teólogos y espirituales, tienen por la persona y los escritos de san Pedro Damiano, “el doctor eximio”, como ya sus contemporáneos lo llaman⁹⁸. Hace ya medio siglo, el sabio dom Berlière veía en su obra “una mina muy poco explotada”⁹⁹ para la espiritualidad monástica. Es verdad, pero habría podido agregar “para la teología, la historia de la Iglesia, la vida cristiana de clérigos y laicos”. Sin duda, hay que llenar muchas lagunas: todavía falta hacer una biografía¹⁰⁰ sería del cardenal-ermitaño, así como una edición crítica de sus obras, abordables únicamente y sólo en parte en los volúmenes 144-145 de la patrología latina de Migne que retoma tal cual la edición hecha en el siglo XVII por el benedictino Gaetani. No obstante, una mirada sobre la bibliografía de obras hace poco tiempo descubiertas, establecida por el cardenal P. Palazzini¹⁰¹, o también sobre los recientes estudios del infatigable monseñor Lucchesi de Faenza¹⁰², sin olvidar evidentemente los de dom Leclercq¹⁰³ y del señor André Cantin¹⁰⁴, deudores unos y otros de Dressler, de O. J. Blum, de J. J. Ryan y, por supuesto, de dom André Wilmart, estimula a amigos y admiradores de Pedro Damiano¹⁰⁵.

Gracias a ese laborioso interés, fomentado una vez más por las recientes celebraciones (1972) del IX centenario de la muerte del santo doctor, Pedro Damiano aparece ya no solamente como el enérgico reformador que conocemos, sino en primer lugar como un espiritual, un gran contemplativo apasionado por la soledad, un buscador de Dios de corazón tierno y por último como un *familiar de la Madre de Dios*, su teólogo y su cantor en ese siglo XI que, según el Padre H. Barré, es “un gran siglo mariano”¹⁰⁶, por no decir con dom Leclercq, “el gran siglo mariano de la Edad Media”¹⁰⁷. “Todas las doctrinas que después se desarrollarán, encuentran entonces una formulación que no recibirá nuevas precisiones sino en épocas muy posteriores: la doctrina de la Asunción con el Pseudo-Agustín, la doctrina de la concepción sin pecado con

⁹⁷ De *Collectanea Cisterciensia*, tomo 45 - 1983 - 1. Tradujo: Hna, Graciela Sufé, osb. Monasterio Gozo de María. Córdoba, Argentina.

⁹⁸ “*Petrus Damianus, doctor eximius...*” MAURICE DE KIRKHAM (s. XII) ms, Oxford Lincoln Coll. lat. 27 f. 2, ed. M. R. JAMES, *The Salomites, Journal of Theological Studies* 25, 1934, pp. 287-297.

⁹⁹ En Ursemer BERLIÈRE, *La spiritualité bénédictine*, Maredsous 1934, p. 78 (Coll. Pax).

¹⁰⁰ Está a punto de aparecer bajo la responsabilidad de Mgr G. LUCCHESI de Faenza. Cfr. *Atti per il IX° centenario* (Cesena): “Per una vita di S. Pier Damiano: componenti cronologiche e topografiche”.

¹⁰¹ P. PALAZZINI, *Il diritto, strumento di riforma ecclesiastica in S. Pier Damiani*, Roma 1956.

¹⁰² Cfr. LUCCHESI, *Clavis sancti Petri Damiani*, Faenza, Fratelli Lega, 1970.

¹⁰³ Además de su *Saint Pierre Damien, ermite et homme d'Eglise*, Roma, Ed. di Storia e Letteratura, 1960; ver “Inédits de S. Pierre Damien”, en *Revue Bénédictine* 67, 1957, pp. 151-174.

¹⁰⁴ Cfr. la edición crítica de la *Op.* 36 “De divina omnipotentia in reparatione corruptae, et factis infectis reddendis” en *Sources chrétiennes*, N° 191 (Paris 1972), con una bibliografía muy rica.

¹⁰⁵ Las actas de los encuentros de Ponte Avellana fueron publicadas por la abadía Santa María del Monte, de Cesena. En Ponte Avellana se ha creado un centro de estudios que organiza cada año un encuentro de especialistas y amigos de san Pedro Damiano.

¹⁰⁶ “Sin poder rivalizar con el siglo XII, el XI es un gran siglo mariano”, en *Prières anciennes de l'Occident à la Mère du Sauveur*, Paris 1963, p. 125.

¹⁰⁷ Cfr. “Saint Bernard et la dévotion médiévale envers Marie”, en *Revue d'Ascétique et de Mystique* 30, 1954, 361-383.

Eadmer, la doctrina de la mediación y de la maternidad espiritual con san Anselmo¹⁰⁸ y Pedro Damían. Bernardo de Claraval y su escuela serán los primeros y fervientes herederos de ellas. Por otra parte es bastante significativo que el biógrafo de nuestro cardenal-ermitaño, san Juan de Lodi¹⁰⁹, su discípulo y su sucesor al frente de la ermita de la Santa Cruz, haya aceptado para él el título de “chambelán de la Madre de Dios”¹¹⁰, título muy hermoso y completamente merecido¹¹¹.

Pedro Damían no compuso un tratado propiamente dicho de teología mariana. Pero podemos decir que María está presente en toda su obra, ya sea manifiestamente en los sermones¹¹² dirigidos a sus hermanos ermitaños de Ponte Avellana o al pueblo al cual es enviado, ya sea con motivo de tal carta¹¹³, de tal opúsculo¹¹⁴, sin omitir los deliciosos poemas y las oraciones litúrgicas¹¹⁵ que gustosamente compone en su honor con una riqueza de doctrina y una profusión de imágenes que nos encantan y nos instruyen¹¹⁶. Los dos extensos sermones para la natividad de María son sumamente ricos en doctrina. Desde fines del siglo XI se conocen en muchos monasterios y se leen en el oficio de Vigilias, como testimonian los homilarios que poseemos. Pero, a nuestro parecer, no son los únicos interesantes. Podemos leer igualmente los sermones 24-25 para el nacimiento de san Juan Bautista, el sermón 53 para la fiesta del evangelista Lucas y los sermones 63-64 para la de Juan el discípulo amado. Observemos, no obstante, que los sermones para la fiesta de la Anunciación, de la Asunción y el sermón 44 para la natividad de María, que encontramos en la patología de Migne, no son de Pedro Damían, sino de Nicolás de Claraval, el astuto secretario de san Bernardo, de quien algunos textos han pasado a la posteridad, y hasta nuestros días, bajo los nombres más ilustres, entre ellos nuestro Pedro Damían y san Bernardo¹¹⁷. La crítica interna, por otra parte, no se confunde y devuelve a

¹⁰⁸ *Ibidem*, p. 366.

¹⁰⁹ La *Vita Beati Petri Damiani* (PL 144, cols. 113-145) que Juan de Lodi, ermitaño en Ponte Avellana y después obispo de Gubbio, escribió y dedicó al prior y a los ancianos de la ermita es más un “elogio” que una historia, según la costumbre del medioevo. Además es preciso utilizarla con prudencia, corrigiéndola a veces por medio de lo que el mismo Pedro Damían ha podido contarnos al respecto en su correspondencia, por ejemplo, de su infancia o de su juventud. Sin embargo, esta obra es preciosa para nosotros puesto que Juan de Lodi es un discípulo inmediato de Pedro Damían, y no puede contar a los que lo han conocido, hechos o hazañas inventadas o simplemente sacadas del género hagiográfico de la época.

¹¹⁰ Juan de Lodi cuenta que ocho años después de la muerte de Pedro Damían, por lo tanto en 1080, el monje Ungano, abad de san Gregorio en Rimini, tuvo un sueño: vio a Pedro Damían en medio de una asamblea de obispos. Les hablaba de las cosas de Dios. Al advertir al abad Ungano, Pedro Damían le reprochó no haber vuelto junto a él para agradecerle todo lo que había hecho en su favor. “¡Pero, yo no sé donde se encuentra el lugar de tu sepultura!”, respondió el monje. Y Pedro Damían le contestó: *In camera S. Mariae Virginis habito, et in illius sacario demoror; nam in ejus domo habito et illius camerarium esse me profiteor* (c. 23, col. 144 C). El cuerpo de Pedro Damían se encuentra, en efecto, en el camarín (*camera*) de la Virgen en la catedral de Faenza. En cuanto al título de “camarero”, en esa época designa al camarlengo o chambelán de la corte imperial (cfr. DU CANGE, *Glossarium* II, Venecia 1737, p. 75).

¹¹¹ S. BALDASSARI, “La mariología in S. Pier Damiano”, *La scuola cattolica*, 61, 1933, pp. 304-312; P. PALAZZINI, “S. Pier Damiano *Sanctae Mariae Virginis camerarius*”, *Tabor* 24, 1958, pp. 900-918; D. URBANI, *Il servizio della Vergine in S. Pier Damiano* (tesis dactilografiada), Roma, Marianum, 1964; G. ROSCHINI, “La mariología di S. Pier Damiano”, en *Atti per il IX centenario di S. Pier Damiano*, Cesena, 1978, pp. 195-237; J. LECLERCQ, *op. cit.*, “Le théologien”, pp. 227-229.

¹¹² Pedro Damían sobresale en ese género literario que le da la oportunidad de expresar su devoción, su entusiasmo y su alegría espiritual, y le permite arranques poéticos de un gran acierto.

¹¹³ Cfr. entre otras *Ep.* 29,6 al monje Esteban a quien le recomienda la recitación cotidiana del oficio de la Virgen (PL 144, cols. 419 B, 420 C); *Ep.* 32,6 a los ermitaños del monasterio de Gamugno; *Ep.* 14,8 a sus hermanas Rodelinda y Sufficia en la que evoca los dolores de María (col. 495 B), y también la carta al monje Oneste en la que expresa su alegría por la introducción del *Magnificat* en el oficio de vísperas (col. 898 C).

¹¹⁴ Cfr. particularmente el *Opusc.* 1: *De fide catholica* (PL 145, c. 3 a 7, cols. 24-30), sobre la encarnación y la maternidad divina.

¹¹⁵ G. ROSCHINI, *op. cit.*, pp. 198-200 y A. WILMART, “Le recueil des poèmes et des prières de saint Pierre Damien”, *Revue Bénédictine* 41, 1929, pp. 342-357.

¹¹⁶ J. LECLERCQ, *opus citatum*.

¹¹⁷ J. J. RYAN, “Saint Peter Damiani and the Sermons of Nicholas of Clairvaux: a Clarification”, en *Medieval Studies* 9, 1947, pp. 151-161. Un ms. del Museo Británico, Harley 3073 del siglo XII y comienzos del XIII, contiene todos los sermones que Nicolás indicaba como suyos en el índice precedido de una carta al conde palatino Henri de Troyes, en la que afirma que esos sermones son “meo sensu inventos et meo stylo dictatos”. Es cierto que mucho antes de este descubrimiento, Migne trató de alertar al lector marcando con un asterisco los títulos de los sermones

cada uno lo que le corresponde sin ningún perjuicio para los “grandes”, muy por el contrario. Finalmente, ¿cómo omitir los “Fragmenta Mariana” descubiertos hace poco y editados por dom Leclercq?¹¹⁸. Un manuscrito de fines del siglo XII y comienzos del XIII, de la Biblioteca Nacional de París contiene, en efecto un documento de piedad mariana titulado “Liber saluatorius Beatae virginis Mariae”. Se trata de un florilegio de textos en alabanza a la Madre de Dios, de los cuales varios son de Pedro Damiano. Algunos son extractos de sus obras, editados por Migne, pero descubrimos también otras invocaciones marianas inéditas que, verosímilmente, pertenecen a sermones del santo que no nos han llegado. Las mismas son una mina preciosa de expresiones nuevas y muy ricas de su doctrina y su piedad marianas.

Pero, ¿podemos hablar de una doctrina mariana que sea absolutamente personal de Pedro Damiano? Dom Leclercq responde muy categóricamente: “La enseñanza de Pedro Damiano sobre la Virgen es poco original: traduce simplemente la fe de la Iglesia de su tiempo”¹¹⁹. No hay ninguna duda. Como muchos predicadores, escritores y espirituales de la Edad Media, Pedro Damiano se comporta como hijo de la Iglesia, plenamente consciente del rico patrimonio teológico ya constituido a lo largo de siglos por los Padres y los Doctores, y puesto a disposición de cada uno. Se trata ciertamente de un tesoro de familia y el ermitaño de Ponte Avellana y luego el obispo de Ostia, sacará de él a manos llenas y volverá a decir lo que unos y otros descubrieron bajo la influencia del Espíritu y expresaron con palabras, expresiones, imágenes consagradas e irremplazables. Sabemos que, cuando todavía estaba en la ermita de la Cruz, Pedro Damiano quiso enriquecer la biblioteca con algunos libros que juzgaba esenciales para una vida contemplativa feliz, “para que vuestras santas almas –escribe a los hermanos– crezcan no solamente por medio de la oración sino también por medio de la *lectio*”¹²⁰. Ahora bien, ¿qué es lo que elige? Por supuesto los volúmenes del Antiguo y del Nuevo Testamento, pero también las pasiones de los mártires, luego las homilias de los santos Padres, los comentarios bíblicos de Gregorio, de Ambrosio, de Agustín y de Jerónimo, de Próspero de Aquitania y de Beda el Venerable, de Remigio y de Amalario, sin olvidar a Aimon y Pascasio. Biblioteca ya interesante que no cesará de ampliarse a lo largo de los años¹²¹. Por otra parte, Pedro Damiano, confesará con humor a uno de sus correspondientes: “Como tengo el hábito de escribir cosas que valen la pena, me gusta rodearme de una biblioteca abundantemente provista para volver a recordar las obras de nuestros grandes Ancianos y servirme de sus ejemplos en caso de necesidad”¹²². Por lo demás, observemos al pasar el testimonio de uno de sus discípulos, Mauricio de Kirkham: nos presenta a nuestro teólogo como un “Magnus amator et specialis beati Joannis evangelistae cultor”¹²³. Destaquemos también su secreta admiración por Orígenes, a quien, evidentemente por prudencia, no siempre nombra. Orígenes está muy a menudo, sin embargo, en el pensamiento y hasta en la expresión de Pedro¹²⁴. Por el contrario, confiesa muy

incriminados. Pero, ya sea porque el asterisco no siempre está en su lugar, ya sea por otras razones, aún se continúa citando como pertenecientes a Pedro Damiano, sermones del secretario de Bernardo. (Es así que, bajo Pío XII, en el nuevo oficio de la Asunción, leíamos en el cuarto día de la octava, pasajes sacados del Sermón 44 de Nicolás bajo el nombre de Pedro Damiano). Cfr. J. LECLERCQ, “Les collections des Sermons de Nicolás de Clairvaux”, *Revue Bénédictine* 66, 1956, pp. 269-302.

¹¹⁸ *Ephemerides Liturgicae* 72, 1958, pp. 292-305, reproducido en LUCCHESI, *Clavis...*, pp. 168 y ss.

¹¹⁹ J. LECLERCQ, *op. cit.*, p. 228.

¹²⁰ *Opusc.* 14: “ut sanctae animae vestrae non solum oratione crescant, sed et lectione pinguescant” (PL 145, col. 334 D).

¹²¹ J. LECLERCQ, “Un ancien catalogue des manuscrits de Font Avellane”, *Revue Bénédictine*, 1957, pp. 168-172.

¹²² *Ep.* 13,5 (PL 144, col. 359 A), traducida por J. GONSETTE, *Saint Pierre Damien et la culture profane*, Lovaina 1956, p. 21.

¹²³ Pedro Damiano es un gran admirador de los apóstoles. Los sermones que escribió para su fiesta, están entre los más ricos. No obstante, prefiere especialmente a Juan porque “está tanto más próximo al Verbo cuanto más íntimo es de la madre del Verbo” (*Serm.* 63: PL 144, col. 865 D). “Nemo jure videtur major meritis eo qui speciali quadam gloria frater est Salvatoris” (*Ibid.*, col. 866 A). Igualmente “quia hic beatus Joannes de Deo mirabiliter atque incomparabiliter coeteris mortalibus loquitur, jure factum est ut non solum a Graecis sed etiam a Latinis undique Theologus appelletur” (col. 860 D).

¹²⁴ Pasajes enteros de sus comentarios bíblicos están directamente inspirados en las obras de Orígenes. Pedro Damiano comenta durante dos años la Sagrada Escritura a los monjes de Pomposa (cfr. Dante BALBONI, “S. Pier Damiano, maestro e discepolo in Pomposa”, *Benedictina* 22, 1975, I y II, pp. 73-89).

claramente su entusiasmo por Gregorio, “doctor insigne, muy notable”¹²⁵ y, por supuesto, por Agustín, por Ambrosio¹²⁶ y por Jerónimo¹²⁷. ¿Acaso no se lo llegó a llamar “alter Hieronymus”¹²⁸? Pero, ¿qué decir de sus casi contemporáneos, Beda, Odilón de Cluny, cuyas “mirabilia” escribirá¹²⁹, Anselmo de Cantorbery? “La regla de mi oración –confiesa orgullosamente– la de mi predicación y de mi conducta, es lo que enseña la Iglesia universal”¹³⁰. “Debemos perseverar –escribe otra vez– en la línea de la tradición apostólica y nunca apartarnos de ella bajo ningún pretexto”¹³¹. “Siempre debemos volver a la inocencia de la primitiva Iglesia, a la tierna infancia de la Iglesia, todavía recién nacida”¹³².

No será entonces sorprendente encontrar bajo la pluma de san Pedro Damiano lo que la Iglesia de los siglos anteriores creyó y profesó respecto de la Virgen María, pero repensado por una inteligencia particularmente viva y vuelto a decir con un corazón fervoroso de poeta y de santo, con palabras, expresiones, imágenes nuevas que abren camino a otros descubrimientos dogmáticos que llegarán a su tiempo. ¿Cómo olvidar, por otra parte, que nuestro cardenal-ermitaño es “uno de los mejores latinistas de su tiempo, uno de los más grandes escritores de la Edad Media latina”¹³³.

I. MARÍA, LA MADRE DE DIOS

¿Cómo pues nos presenta san Pedro Damiano a María? Indudablemente: no la ve sino en el corazón de “la historia de la salvación”. “Creemos –escribe en su profesión de fe– que el Hijo único de Dios que el Padre engendró de su propia sustancia antes de todos los siglos, verdaderamente revistió nuestra naturaleza humana, nació del seno de una madre preservando su virginidad. Él es Dios nacido de Dios, Todopoderoso nacido del Todopoderoso, consustancial al Padre, es el Hijo eterno del Padre eterno, que nació del Espíritu Santo y de la Virgen María”¹³⁴.

“Os suplico entonces, hermanos muy amados, que examinéis atentamente la maravillosa historia de vuestra, o mejor, de nuestra salvación, y que situéis bien en vuestro pensamiento el modo de nuestra restauración... ya que en la sucesión de las generaciones, era imposible encontrar un hombre (sin pecado) que pudiera arrancar al hombre de su pecado, el Creador del hombre al tomar su carne de la bienaventurada Virgen, se encarnó sin pecado, fue concebido sin pecado en su seno, vivió sin pecado en este mundo. Vamos hermanos, mirad, o más bien escuchad con atención el inefable misterio de nuestro rescate. Este es nuestro sacerdote, el Inocente, digno por lo tanto y capaz de lavar el pecado de sus hermanos ofreciéndose por ellos en sacrificio... Comprended, hermanos, comprended bien la inefable misericordia, pesad el inmenso e inestimable peso del amor divino: la purísima y gloriosa Virgen María, prefigurada en la Ley, anunciada por los patriarcas y los profetas, saludada por el ángel (singular privilegio de honor), llega a ser el trono de Dios, la morada de la divinidad, la madre de Cristo”¹³⁵.

Nuestro teólogo, por ese mismo hecho, ve en María *el asunto de todos los siglos* como la

¹²⁵ Ep. 5,1 (col. 340 A).

¹²⁶ G. PICASSO, *L'influence de saint Ambroise dans l'oeuvre de Pierre Damien*, en *Archivio Ambrosiano* 27, pp. 111-122.

¹²⁷ “Será suficiente -dice por ejemplo- tomar como testigo a san Jerónimo, cuyo comentario sobre san Lucas tenía bajo mis ojos hace menos de una hora” (*Opusc.* 20,7: PL 145, col. 453 C).

¹²⁸ “En Pedro Damiano –escribe J. Leclercq– hay la vehemencia de Jerónimo y la calma de Gregorio” (*op. cit.*, p. 262).

¹²⁹ En el momento de su legación a Cluny en 1063 bajo el abadiato de san Hugo, Pedro Damiano parte para Savigny a fin de “recoger” el cuerpo de Odilón y consagrar la iglesia. Hugo le pidió que escribiera la *Vita Odilonis*, que Pedro Damiano dedicará “a las Iglesias de las Galias occidentales” (PL 144, cols. 925 y ss.).

¹³⁰ *Opusc.* 6,20 (PL 145, col. 131 D).

¹³¹ *Opusc.* 41,4 (col. 665 A).

¹³² *Serm.* 53 (PL 144, col. 806 C).

¹³³ J. LECLERCQ, *op. cit.*, pp. 173-174: *L'écrivain*.

¹³⁴ *Opusc.* 1,3 (PL 145, col. 24 C).

¹³⁵ *Serm.* 45 (PL 144, col. 744 D ss.).

nombrará Bernardo. La ama y la canta como la mujer “elegida desde siempre, mucho antes de la creación del mundo, en el consejo de la Sabiduría eterna”, la verdadera “tierra prometida”¹³⁶ en cuanto madre de aquel que, “Dios con el Padre, engendrado antes de los tiempos... es concebido en ella por medio del Espíritu Santo y, deviniendo hombre, nace al fin de los siglos”¹³⁷. María “trae al mundo a Dios”¹³⁸; por medio de ella, “el Verbo del Padre asume lo que es nuestro para darnos lo que es suyo”¹³⁹. ¿Quién pues le rehusaría el título de gloria que le otorgaba el concilio de Éfeso? Sí, tan cierto como que Juan el evangelista es el “Teólogo” por excelencia, la Virgen de Nazaret es, en verdad, la *Theotokos*¹⁴⁰, la Madre de Dios. Estamos, por supuesto, en frente a un “inefable misterio que ninguna inteligencia puede abarcar, que ninguna lengua es capaz de explicar plenamente”¹⁴¹, en presencia “de esas bodas celebradas, no en Cana de Galilea, sino en el seno de María donde la Iglesia se une a su Esposo celestial, donde el agua no se cambia en vino, sino donde Dios se hace hombre y el hombre deviene Dios”¹⁴².

“Feliz Madre –exclama Pedro maravillado– que da la vida al autor de la vida y lleva en su seno a Aquel que lleva el universo. Pequeño bebé, está aquí envuelto en pañales, Él, el Inmenso, que con el Padre gobierna todo el universo... Ella concibe al Inmenso, engendra al Eterno, hace entrar en el ritmo del tiempo a Aquel que es antes de los siglos”¹⁴³.

Y el teólogo intenta sin embargo hacernos penetrar un poco en la inteligencia de esta divina maternidad. Lo hará ciertamente con una gran precisión de lenguaje, pero también con la sorprendente profusión de imágenes y de comparaciones en la que es maestro, dignas en efecto del himno acatista y que las generaciones cristianas se transmitirán hasta nuestros días. María es “el palacio del gran Rey”¹⁴⁴, el “verdadero templo de Dios”¹⁴⁵; es el “cielo y la escalera del cielo” de la cual se sirve el Dueño del Universo “para descender hasta nuestros infiernos y elevarnos hasta el paraíso”¹⁴⁶. Es “la urna del tesoro que nos rescató de la esclavitud del Asesino y del Ladrón”¹⁴⁷; son preciosas imágenes que intentan expresar lo inexpresable. “Faltan las palabras –confiesa humildemente Pedro Damián– para expresar dignamente estas realidades nuevas y singulares”¹⁴⁸. “Dime, ¡qué lengua podría explicar, qué inteligencia humana no se paralizaría ante el pensamiento de que el creador nace así de la creatura, Aquel que hace, de aquella que es hecha, que en el seno virginal de una joven es concebido Aquel a quien la

¹³⁶ *Serm.* 46 (col. 757 D).

¹³⁷ *Oratio* 33 (*PL* 145, col. 929 D).

¹³⁸ *Serm.* 63 (*PL* 144, col. 860: “quia Deum veraciter genuit”).

¹³⁹ *Serm.* 61: “Carnis autem nomine homo accipitur, cum quo intra Virginitatis viscera Spiritu Sancto fecundata, tam inseparabiliter Dei Filius est unicus, ut qui erat sine tempore de essentia Patris genitus, ipse sit temporaliter de utero Virginitatis natus” (col. 847 A).

¹⁴⁰ *Serm.* 63 (col. 860).

¹⁴¹ *Serm.* 61 (col. 847).

¹⁴² *Fragmenta mariana*: “Deus in hominem et homo transiit in Deum. In hac enim olla uteri virginalis, massa illa concreta est quam Summi manus Artificis composuit, faciens de pice et adipe, hoc est de duabus substantiis, unam massam”.

¹⁴³ *Serm.* 46 (col. 752 D).

¹⁴⁴ “Maria, decus hominum, / Regis aeterni solium, / Seplem columnis edita / Domus a Sapientia” (*Hymnus ad Tertiam*: *PL* 145, col. 936 C); “Oportebat quippe prius aedificari domum in quam descendens coelestis Rex habere dignaretur hospitium” (*Serm.* 45: *PL* 144, col. 741 B).

¹⁴⁵ “Aunque Dios haya descendido verdaderamente al Templo de Salomón, se dignó permanecer de una manera mucho más admirable, mucho más dichosa en ese santuario viviente que es el seno de la muy bienaventurada Virgen en quien el Verbo se hizo carne y permaneció entre nosotros. El Señor descendió al Templo de Salomón como una nube para significar ya la ceguera de los judíos infieles, pero en María ha levantado su tienda como en el Sol para iluminar a los que están sentados en la sombra de la muerte. Y mientras que Él, el Dios todopoderoso, confería al Templo la gloria de su venida sin recibir nada en cambio, se dignó no solamente descender al seno de la bienaventurada María sino que en ella se unió a la perfecta condición de nuestra naturaleza mortal” (*Serm.* 45: cols. 742 B y 746 D).

¹⁴⁶ “In brevissimo virginalis uteri domicilio constitutus, et coeli gubernabat imperium el terrenorum omnium non amiserat principatum. Non ergo praesumptive coelum dicitur venerabilis virgo María (*Serm.* 63: col. 861 D). Y también: “Te Deo factam liquet esse scalam, / Qua tenens summum, petit altus imum, Nos ad excelsi remeare coeli / Culmina dona” (*In Assumptione, Hymnus ad Vesperas*: *PL* 145, col. 934 D).

¹⁴⁷ *Serm.* 45 (*PL* 144, col. 746 D): “Gazophylacium thesauri, quo sumus de cruenti praedonis servitio comparati...”.

¹⁴⁸ *Ibid.*, col. 742 D.

inmensidad del mundo no puede contener! Él está allí, muy pequeñito en las entrañas maternas... ¡Oh, feliz madre que da su leche a los labios de un niño que llegará a ser el alimento de los ángeles y de los hombres!”¹⁴⁹. Nuestro doctor observará en efecto que “es ciertamente ese mismo cuerpo de Cristo... ése y no otro, el que recibimos ahora en el santo altar con su sangre, como sacramento de nuestra redención. ¿Acaso no es esa nuestra fe católica, la enseñanza fiel de la santa Iglesia?”¹⁵⁰. Y Pedro Damiano proclama su agradecimiento a Aquella por quien, después de Dios, tenemos al Autor de la salvación.

II. LA MADRE-VIRGEN

Misterio tanto más maravilloso cuanto que esta divina maternidad no empaña en nada su “virginidad de marfil”¹⁵¹. Muy por el contrario, la exalta y le da su sentido divino¹⁵². Aquí tendríamos que multiplicar los textos del santo doctor; ellos nos dicen con insistencia que la bienaventurada María es “la siempre virgen”. “Aquel que nació de ella de una manera inefable, no alteró su virginal integridad. Al entrar en ella, la dejó virgen; al salir de ella, de la misma manera la dejó”¹⁵³. Es el “jardín cerrado” donde sopló el Austro divino, la “fuente sellada” del Cantar, de donde brota en abundancia el agua de la vida eterna¹⁵⁴, la “zarza ardiente” que arde sin consumirse¹⁵⁵, la “estrella luminosa” cuyos rayos le agregan esplendor¹⁵⁶, el “lirio en medio de las espinas”¹⁵⁷. Tantas imágenes que se nos han vuelto familiares cuando intentamos balbucear algo acerca de esta Madre-Virgen, anuncio de la liberación y de la transfiguración de nuestra historia.

III. EN VISTAS A LA REDENCIÓN

San Pedro Damiano proclama en efecto la finalidad redentora de la encarnación del Verbo de Dios y por eso de la maternidad de María.

“Considerad aquí muy atentamente, queridos hermanos, el plan de nuestro rescate... Dios creó al hombre mortalmente inmortal por decirlo así, puesto que habría vivido eternamente si hubiera obedecido a su Creador... Ahora bien, el hombre pecó, y así el árbol del género humano fue envenenado en su raíz... Adán llegó a ser un fermento que corromperá a la multitud de sus hijos... Pero el Dios de misericordia y ternura, no quiso que pereciera su criatura hecha a su imagen, segura su semejanza. Entonces, encarnándose en la bienaventurada Virgen... se ofreció a su Padre como hostia de agradable aroma”¹⁵⁸. “Y es por lo tanto de María de quien nuestro

¹⁴⁹ “Manal liquor ex uberibus Virginis el in carnem vertitur Salvatoris” (col. 743 A). Y en otra parte: “Os ruego, hermanos, que observéis de cuántas alabanzas es digna la bienaventurada y gloriosa Virgen María, quien, en sus castísimas entrañas, engendró para nosotros a Aquel que nos liberó del enorme abismo del antiguo dragón. No pueden bastar para cantar dignamente sus alabanzas, ni la abundante facultad de los oradores, ni los sutiles razonamientos de los dialécticos, ni los profundos pensamientos de los filósofos. Pero, ¿por qué nos asombramos de que la gloria de esta inefable Virgen trascienda las palabras humanas puesto que por su dignidad y la excelencia de sus méritos, ella se eleva por encima de nuestra naturaleza?” (col. 752 A).

¹⁵⁰ Col. 743 B.

¹⁵¹ *Serm.* 44 (col. 737 D): “Ebur enim et mirabili candore relucet, et multa praeminet fortitudine, frigidiorisque naturae sortitur auspiciam. Et quid candidius illa virginitate...? Quid fortius...? Quid frigidius illa substantia quam obumbravit virtus Altissimi...?”.

¹⁵² “Virginitas Mariae non solum fecunda est sed deifica” (col. 855 C).

¹⁵³ “Et ante partum Virgo / Sed post, virginum Virgo. / Crevit in ortu prolis / Integritas pudoris” (PL 145, col. 938 B).

¹⁵⁴ *Serm.* 46 (PL 144, col. 761 A): “Haec est hortus conclusus, fons signatus, quae et fructum fecunditatis edidit et virginitatis meritum non imminuit... Edita communi nascentium jure, edidit singularis gratiae novitate”.

¹⁵⁵ “Te rubus praelecebat, / Qui ardens non ardebat: / Quae sine aestu mentis / Fructum dedisti ventris” (PL 145, col. 938 B).

¹⁵⁶ “Sidus, Maria splendidum, / Ex qua sub mundi vespere, / Sol ortus est justitiae” (PL 145, col. 935).

¹⁵⁷ *Serm.* 46 (PL 144, col. 754 A): “Sicut lilium inter spinas, sic beatissima Virgo Maria enituit inter filias; quae... candescebat munditia virgineae castitatis in corpore, flammescebat autem ardore geminae charitatis in mente...”.

¹⁵⁸ *Serm.* 45 (cols. 743 C - 745 C); *Serm.* 45 (col. 741 A): “... y así como era imposible la redención del género humano si no nacía de la Virgen el hijo de Dios, por eso era necesario que naciera María de quien el Verbo se hizo

Sumo Sacerdote recibió la hostia de su cuerpo que ofrecerá sobre el altar de la Cruz para la salvación del mundo entero”¹⁵⁹. “Entonces la vieja levadura se transformó en un pan ácimo; la victoria fue recobrada por la carne ayer vencida. Con nuestra debilidad, Cristo se hizo una coraza, y así revestido corrió como un gigante. Poderoso y fuerte en la batalla, aniquiló las fuerzas infernales. Y he aquí que de la debilidad brotó el triunfo, de la esclavitud la libertad, de la ruina la exaltación. Nuestro enemigo secular que se gloriaba de haber vencido por la locura de una mujer, hoy se ha cubierto de confusión por haber sido vencido por Ti, oh María, servidora de nuestra redención, taller feliz de nuestra restauración”¹⁶⁰. Concluye Pedro Damián: “Por ti en efecto, hemos reconquistado la salvación, por ti se nos ha vuelto a dar la fuerza contra la tiranía de nuestro peor enemigo. Por ti es aniquilada su astuta malicia; y su orgullo, más enorme todavía que el de los hijos de la soberbia, helo aquí vencido y pisoteado por tu humildad y la de tu niño”¹⁶¹.

IV. LA NUEVA EVA

En efecto, guardémonos de pensar que para nuestro Doctor el ministerio redentor de María se limita a traer al mundo al Salvador. A través de los textos ya citados y otros mil semejantes, podemos darnos cuenta de que para él, la maternidad divina de María la compromete personalmente en la obra de la salvación. Se trata, indudablemente de una maternidad “esponsal”¹⁶², como ya lo dice san Ireneo. María es “la socia” de Cristo en el misterio de la redención, como la nueva Eva al lado del nuevo Adán. He aquí por qué al comentar el saludo del Ángel. “Bendita tú eres entre todas las mujeres”, Pedro Damián retoma el paralelo tradicional *Eva-María*. “Por una mujer –escribe– fue arrojada la maldición sobre la tierra, pero por una mujer le es devuelta la bendición. La misma mano que ayer presentaba una bebida de muerte, hoy nos ofrece la bebida de la vida feliz. El río majestuoso de la nueva bendición tragó el desastre de la antigua maldición”¹⁶³. Luego, al referirse al discurso sobre el pan de vida: “Yo soy el Pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre” (*Jn* 6,51), nuestro teólogo hace este magnífico cotejo: “Por un fruto fuimos expulsados de la felicidad del paraíso, pero también por un fruto hemos vuelto a las alegrías del paraíso. Eva tomó la manzana y nos condenó al hambre de un ayuno interminable. María trajo al mundo al Pan que nos abre las puertas del eterno banquete celeste: Considerad, pues, muy amados, nuestra deuda hacia la bienaventurada Madre de Dios que nos abre las puertas del cielo”.

Y Pedro Damián nos explica que la excepcional santidad de María es ya la victoria del Redentor y la esperanza de los hombres en su liberación¹⁶⁴. Pero también nos dice hasta qué punto pesará con todo su peso en el corazón de Dios, escondida como está la Virgen en la santidad de su Niño. “La incomparable Virgen, –escribe– abrió el oído a la voz de su Hijo y, según su promesa (*Mt* 12,48), llegó a ser ‘su hermana, su hermano’, tan compenetrada está de su alma, de su oración, de su sufrimiento en favor de nosotros, de su muerte”¹⁶⁵. Una maternidad, incluso divina, que se limitara a la “carne” del niño sería mucho menos gloriosa y menos fecunda que aquella que, yendo más allá de la carne, alcanza a la Persona, alcanza al mismo Verbo de Dios, y más todavía, es una inhabitación del Verbo. A Pedro Damián evidentemente le llamaron la atención las perícopas de Lucas y de Mateo que sitúan a María en el plano de la carne, pero más todavía en el del Espíritu. Jesús responde a la mujer casi celosa de la gloria de su madre: “Dichosos más bien los que oyen la Palabra de Dios y la guardan” (*Lc* 11,28) y a los mensajeros de su familia: “¿Quién es mi madre y mis hermanos?” Y, extendiendo su mano hacia sus

carne”.

¹⁵⁹ “De te, summus pontifex noster sui corporis hostiam sumpsit quam in ara crucis pro totius mundi salute sacrificium obtulit” (Lect. II officii quotidiani B.V.M.: *PL* 145, col. 935 D).

¹⁶⁰ “Tu Dei genitrix huius operis ministra et nostrae restorationis felix officina fuisti” (*Fragmenta*).

¹⁶¹ *Ibidem*.

¹⁶² San Ireneo, *Adversus Haereses* III,4 (*PG* 7, col. 759).

¹⁶³ *Serm.* 46 (*PL* 144, col. 758 B).

¹⁶⁴ *Serm.* 45 (col. 743 C).

¹⁶⁵ Cols. 746 D y 747.

discípulos, dijo: “Estos son mi madre y mis hermanos. Pues todo el que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre” (Mt 12,48-49). ¿Qué pueden significar esas afirmaciones de Cristo –dice nuestro doctor– sino que “verdaderamente nosotros podemos ser todo eso para Cristo por el Espíritu si nos esforzamos por cumplir la voluntad de Cristo que es una con la del Padre? Lo que nació de la carne es carne; lo que nace del Espíritu es espíritu porque Dios es espíritu... La gracia propia y singular de la muy bienaventurada María fue concebir a Cristo en su seno. Pero es gracia común a todos los santos, y universal (y, por lo tanto, *a fortiori*, suya) llevarlo en el propio corazón por medio de la devoción. Feliz pues y muy bienaventurada la mujer que durante nueve meses llevó en su seno al Verbo encarnado, pero felices también nosotros, si nos esforzamos por conservarlo en nuestro corazón...”. “Mira que estoy a la puerta y llamo –dice Él–; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo” (Ap 3,20). Más que ninguna otra criatura humana, la Virgen María ha aguzado el oído de su corazón, ha escuchado al Verbo, se ha asimilado al Verbo, y así ha llegado a ser su hermana y... su Madre dándolo a luz en nuestras vidas.

Además Pedro Damiano ve a María en el día de la Anunciación abismada en la más profunda humildad porque es consciente de las grandes cosas que el Señor quiere realizar en ella y por medio de ella. Con humor, el ermitaño evoca a esas monjas que se dan importancia en las plazas públicas pregonando a quien quiere oírlos: “Soy virgen, soy virgen; no conozco varón, ignoro el matrimonio”. Evidentemente esto significa no haber comprendido nada del misterio de la virginidad... “¡Oh vírgenes –les dice Pedro Damiano– qué felices seríais si lo que sois en la carne, lo fuerais en vuestro corazón, si lo realizarais en vuestra vida! En efecto, ¿de qué puede servir mantener la integridad de la carne si mancháis la intimidad de vuestro corazón con vuestras fornicaciones con el diablo?”¹⁶⁶.

María, no es más que silencio adorante frente a la conducta de Dios. Después de haber escuchado al ángel: “Has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús” (Lc 1,30-31), ¿prorrumpió a reír de manera insensata, alzó orgullosamente la cabeza? El evangelio sólo nos dice que María se turbó y se quedó muy pensativa, “guardando el rigor habitual de su humilde silencio”¹⁶⁷. “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra” –dijo María– (Lc 2,38). “Mi corazón está firme, Dios mío, mi corazón está firme” (Sal. 56). “El ángel la proclamaba Madre de Dios; ella se declaraba su esclava. Madre y esclava a la vez... esclava por ser criatura, Madre por la gracia inefable del don divino. El Evangelio todavía no estaba escrito, y María ya vivía sus preceptos. En efecto, ¿acaso no dice el Señor: ‘Cuanto más grande seas, más debes humillarte’ (Si 3,18)? ¿Y qué hay más grande que ser la Madre del Señor, qué más humilde que ser su esclava?”¹⁶⁸.

Pedro Damiano también ve a María en el día de la Epifanía de su Niño, en la sombra, en un gran silencio. Los magos ofrecen oro, incienso y mirra; María se ofrece a sí misma, ofrece “el oro de su raza, la mirra de su virginidad, el incienso de su total pertenencia al Señor”¹⁶⁹.

V. LA TODA SANTA

Sin duda la Virgen María ya es enteramente de Dios. Es la toda santa, “tendida en todo su ser hacia el cielo por una continua atención del corazón”¹⁷⁰, “fascinada por Dios en el fondo de su ser”¹⁷¹ “el altar donde reposa la Trinidad”¹⁷². Aunque Pedro Damiano no evoque su inmaculada

¹⁶⁶ “Ubi sunt illae quae dicunt: ego sum virgo? Verboas, contentiosae, suspectuosae, superfluosae, veste compositae, moribus dissipatae?” (col. 758 B).

¹⁶⁷ Col. 759 C.

¹⁶⁸ “Quid enim majus Matre Domini? Quid humilium ancilla Domini?” (col. 760 A).

¹⁶⁹ *Serm. 1 De Epiphania Domini* (col. 510 D).

¹⁷⁰ Col. 754 B.

¹⁷¹ *Fragmenta mariana*.

¹⁷² “Tu Trinitatis reclinatorium, profundissimo humilitatis valle quod praeterfluit aqua Spiritus Sancti” (*Ibidem*).

concepción¹⁷³, aunque hasta parece ignorar que ya en algunas diócesis exista una fiesta en su honor, afirma muy a menudo que en ella “reposa la plenitud de la gracia de Cristo”¹⁷⁴, que en ella “se despliegan los dones del Espíritu Santo en toda su magnificencia”¹⁷⁵. “Eres, ¡oh María! –exclama– ese maravilloso palacio de la santidad sostenida por siete columnas esculpidas por la Sabiduría”¹⁷⁶. Una santidad que no cesará de crecer, hasta tal punto María es pura disponibilidad al Espíritu Santo “que la inunda de gracias cada vez más transformantes”¹⁷⁷, hasta tal punto ella tratará de progresar siempre, a través de los acontecimientos de su vida, subiendo a Dios como un incienso¹⁷⁸ con perfume a mirra y a áloe, ella, cuyos pasos avanzaron por los caminos de la justicia sin desviarse, sin conocer el polvo de nuestra condición humana... “¿Qué es, pues, lo que le pudo faltar a esta mujer absolutamente única en materia de santidad, de justicia, de religión, de perfección, si está poseída por la plenitud de la gracia de Dios?”¹⁷⁹.

He aquí por qué la fiesta de la Natividad de María es cara a nuestro teólogo. Ve claramente que en ese día termina el viejo mundo quebrado: aparecen ya los nuevos cielos y la nueva tierra. “Hoy –escribe– nace aquella por quien todos renacemos en Dios, aquella cuya belleza seduce al Todopoderoso quien ha establecido su morada en ella. Haya gozo, pues, ya que he aquí el prelude, el origen de todas las fiestas de la nueva Alianza, el éxodo de la salvación del mundo entero”¹⁸⁰. “Nosotros festejamos gustosamente la Navidad; ¿por qué no hacerlo también con la Navidad de la Madre de Cristo? Hoy el mundo acoge a su Reina, ventana del cielo, puerta del Reino, tienda de Dios, estrella del mar, escalera del paraíso... Esta maravillosa niña que da la vida al más hermoso de los hijos de los hombres”¹⁸¹. Y Pedro Damiano observa muy acertadamente que esta fiesta se sitúa en el mes de septiembre, el mes de las vendimias, el otoño del año. “Con una profunda significación la Madre del Salvador nació en la época de las vendimias: en ese momento en que las ramas de las vides, cargadas de frutos, se inclinan hacia la tierra, en que los granos del racimo, alcanzada su madurez, se revisten de oro, en ese momento en que la esperanza de los viñadores mantenida durante todo el año en suspenso, exulta en la cosecha de los frutos del trabajo realizado, en ese momento, en una palabra, en que los árboles exhalan el perfume de sus frutos maduros... Y bien, así como el racimo es esperado durante todo el año y recogido solamente en otoño, así también nuestro Redentor que había anunciado la Ley, que habían cantado los profetas, que esperaban todos los santos desde Adán, he aquí que aparece con María y surge como el vino de la uva. He aquí, en efecto, por qué María nace en la época de las vendimias. El mosto de la gracia surge de una multitud de palabras de la Sagrada Escritura como de otros tantos granos. Sí, es muy justo que ella nazca en

¹⁷³ No creo que se pueda afirmar como S. BALDASSARI (“La mariologia di S. P. Damiano”, *Scuola catt.*, 61, 1933, pp. 307-308) o ROGGI (“S.P.D., un cantore della Madonna”, *Osservatore Romano*, 2 de junio 1954, p. 2) que implícitamente Pedro Damiano creyó en la Inmaculada Concepción. Para eso es preciso querer hacer decir a los textos a todo precio lo que se quiere que digan. Pedro Damiano no creyó disminuir la gloria de María reconociéndola de la raza pecadora de Adán y de Abrahán, como tampoco Bernardo de Claraval, en el siglo siguiente. “Ipse Dei Mediator et hominum, de peccatoribus originem duxit et de fermentata massa sinceritatis azymam absque ulla vetustatis infectione suscepit. Imo, ut expressius dicam, ex ipsa carne virginis, quae de peccato concepta est, caro sine peccato prodiit, quae ultro etiam carnis peccata delevit” (*Opusc.* 6,19: *PL* 145, col. 129 B).

¹⁷⁴ *Serm.* 46 (*PL* 144, col. 752 B): “Quae totius divinae gratiae charismate plena fuit”.

¹⁷⁵ *In Nat. B. V.* (*PL* 144, col. 741): “Ipsa adeo fuit donis Spiritus Sancti referta ut audire meruerit: Ave gratia plena, Dominus tecum”. Cfr. también *Poemas* 41 y 61.

¹⁷⁶ *Serm.* 45 (col. 741 B): “Septem namque virginalis haec domus suffulta columnis existitit quia venerabilis Mater Domini septem Spiritus Sancti donis... dotata fuit. Quam utique aeterna Sapientia quae attingit a fine usque ad finem fortiter et disponit omnia suaviter talem construxit quae digna fieret illum suscipere, et de inemeratae carnis suae visceribus procreare”.

¹⁷⁷ “Qua laetitia, quo tripudio, Mariae mens repleta esse potuerat, quando haec prophetica et evangelica verba inter se invicem conferebat: ‘Maria enim, inquit evangelista, conservabat omnia verba haec, conferens in corde suo’ (*Lc 2*)... quae tanto apud Deum fastigio crescere meruit, quanta se apud semetipsam humilitatis deiectione substravit” (col. 759 D).

¹⁷⁸ Col 760 B y C.

¹⁷⁹ Col. 752 B: “Quod vitium in ejus mente vel corpore vindicare sibi potuit locum, quae ad instar coeli, plenitudinis totius divinitatis meruit esse sacrarium?”.

¹⁸⁰ Col. 741 D.

¹⁸¹ “Hodie apparuit stella mundo, per quam Sol justitiae illuxit mundo... Hodie nata est splendidissima illa Virgo ex qua processit Speciosus forma prae filiis hominum tanquam sponsus de thalamo suo” (col. 753 C y D).

otoño. Habiendo alcanzado el otoño de los siglos, podemos alimentarnos ya de las primicias del Espíritu. Ella, la plena de gracia, llega a nosotros con la plenitud de los tiempos”¹⁸².

VI. LA CORREDENTORA

Una santidad así es ya –decíamos– la victoria del Salvador, la liberación de la historia de los hombres, una nueva primavera del mundo, pero también el acondicionamiento del ministerio de María en la obra de la salvación. “Madre y Esposa”, sigue al Cordero donde quiera que Él vaya, y por lo tanto, a la Cruz del Viernes Santo. “Nuestro Cordero, Aquel que cargó el pecado del mundo, tuvo tal amor que derramó su sangre para la salvación de los hombres. Resplandeció de humildad abajándose hasta la muerte, y muerte de cruz. Se recubrió de paciencia, él que, maldito, no maldecía, sufriente, no protestaba. Despreció los honores de este mundo... amó a sus enemigos. Aquel pues que lo imite debe seguirlo en este áspero camino”¹⁸³, y con Él “pisar la uva en el lagar”¹⁸⁴. Era necesario, pues, que fuera así también para María. No tuvo que esperar mucho tiempo para ser informada de ello. “Mientras habitualmente con el nacimiento de un niño se le promete a la madre una existencia feliz para su pequeño y toda clase de alegrías para ella misma, he aquí que cuando María lleva al Templo a su niño, escucha decir a Simeón que lo tiene en sus brazos: una espada de dolor te atravesará el alma. Como si le dijera:

“Cuando tu pequeño sufra la cruz en su carne, la espada de la compasión atravesará tu corazón, y María, en efecto, es esa mujer que, más fuerte que los terribles golpes de las tribulaciones, vio a su hijo, suyo y de Dios al mismo tiempo, clavado en la cruz, traspasado por la lanza del soldado, expirar entre dos ladrones”. Vio y participó en esta pasión de amor, comulgando con su paciencia, con su inexpresable caridad hacia sus enemigos, con su constancia y con su muerte. ¿Por qué nos asombraríamos? ¿Acaso no era el juego de amor necesario para que, totalmente conformada al Cristo Salvador, fuera verdaderamente la Madre de los hombres, la “Madre de la Iglesia”¹⁸⁵ y la “reina del mundo”¹⁸⁶.

VII. LA MADRE DE LA IGLESIA

San Pedro Damiano se complace en efecto en considerar a todo hombre como hijo de la Virgen-Madre y no creo abusar de los textos aplicando a cada uno lo que dice de Juan, el discípulo amado. «Las palabras que pronuncia nuestro Salvador en la cruz: “Mujer, he aquí a tu hijo” – “Hijo, he aquí a tu madre”, no pueden ser comprendidas simplemente de manera humana. Son eficaces, cargadas del poder de Dios, apoyadas en la autoridad de Aquel que es la Verdad misma. De la misma manera que en la Cena dijo a sus discípulos: “Éste es mi cuerpo”, así dijo a su madre: “He aquí a tu hijo”. Hay tal poder en esas palabras que inmediatamente el pan que presentaba se convirtió en su propio cuerpo. Así, me atrevo a decirlo, el bienaventurado Juan no fue solamente nombrado su hijo, sino que mereció por el poder de la palabra del Señor el gran sacramento de la realidad: convertirse en hijo de la Virgen y hermano del Salvador». Ahora bien, Juan representa a toda la Iglesia, de la cual María se convirtió en la madre, en la “dadora de vida” en el momento de la muerte del Salvador. Si es verdad que puede ser considerada como tal desde que dio a luz a Aquel que es la cabeza –porque si “toda la santa Iglesia muere con el Cristo muriente, resucita con el Cristo vencedor, es dada a luz con él cuando nace de la Virgen

¹⁸² “O quanti hanc vindemiam aridis mentium faucibus sitiabant, quanti ad mustum evangelicae gratiae pertingere inenarrabili desiderio flagitabant. Unde et discipulis Veritas dicit: ‘Amen dico vobis quod multi prophetae et reges voluerunt videre quod videtis et non viderunt, et audire quae auditis et non audierunt’ (Lc 19)” (cols. 755. 758).

¹⁸³ Col. 748 A.

¹⁸⁴ Col. 756 D.

¹⁸⁵ “Ex Maria prodiisse videtur Ecclesia” (col. 861 B).

¹⁸⁶ “Regina mundi” (*Preces ad Filium: PL 145, cols. 921 C y 935 D*).

María¹⁸⁷ – es en el momento en que brotan del costado el agua y la sangre que María, en Cristo, da nacimiento oficialmente a su Cuerpo místico. En ese preciso momento la maternidad de la Virgen de “compasión” adquiere todo su relieve y su impacto con respecto a aquellos que nacerán de la Madre-Iglesia “casta como ella, pura como ella, recubierta de una perpetua virginidad”¹⁸⁸.

San Pedro Damiano la ve madre y reina simultáneamente, “admirable por su poder, más admirable todavía por su misericordia”¹⁸⁹, “ella, a quien en adelante están sometidas todas las criaturas y la misma historia”¹⁹⁰.

Aunque el sermón para la fiesta de la Asunción (*Serm.* 40: cols. 712-722) no es de Pedro Damiano, los poemas y las oraciones del cardenal-ermitaño son de tal riqueza expresiva que fácilmente nos damos cuenta de su fe gozosa en la glorificación de María, en su atenta presencia en la vida de la Iglesia de la tierra¹⁹¹. Es justamente con motivo de la Asunción, fiesta ya celebrada en Roma, que nos relata como fue testigo de las gracias obtenidas por medio de la Virgen “con manos de tornero”¹⁹². ¿Acaso no está ella en adelante “para nosotros” junto a su Hijo, no como una simple servidora sino como una soberana, ella, la «madre del creador, la fuente de agua viva, el origen del “Principio”»¹⁹³? “La gloria que la invadió a la hora de su muerte es una gloria eterna, la misma gloria del Eterno”¹⁹⁴. La ve constantemente en oración por sus hijos, una oración “que no puede ser despreciada, que no puede ser rechazada”¹⁹⁵. “¿Acaso no ocupa el primer lugar entre los senadores de la corte celeste en ese oficio de impetración?” escribe al monje Esteban para estimularlo a tener esperanza¹⁹⁶. “Y ¿qué es lo que en efecto, podría ser negado a aquella a quien no le fue imposible arrancar a Teófilo de la boca del infierno? Tú has sacado del lodazal y de la miseria a esa alma desventurada que negaba las grandes cosas realizadas en Ti. Nada te es pues imposible, a ti que puedes devolver los desesperados a la esperanza de la felicidad!... Tú puedes adelantarte hacia el altar de oro de la reconciliación de los hombres, no solamente suplicando sino como una soberana, no solamente como una hija de reyes sino como la madre del Rey de reyes”; “que tu naturaleza humana te vuelva compasiva con nosotros; que tu fortaleza te diga que debes ser tanto más rica en misericordia cuanto que eres todopoderosa”¹⁹⁷.

Sin embargo Pedro Damiano no cuenta únicamente con la oración de nuestra abogada. La ve “servidora de la obra de la salvación, feliz taller de nuestra restauración”¹⁹⁸, que se ocupa activamente de ayudarnos, nos sostiene en el combate, nos atrae hacia el cielo, nos abre incluso

¹⁸⁷ *Opusc.* 55,1 (*PL* 145, col. 802).

¹⁸⁸ *Serm.* 63 (*PL* 144, col. 861 B): “Magna igitur et felix Mater et beata Virgo Maria, ex cujus visceribus caro Christi desumpta est, ex qua rursus per aquam et sanguinem profluxit Ecclesia. Hoc itaque modo et ex Maria prodiisse videtur Ecclesia”.

¹⁸⁹ “Cujus magna est potentia sed plus est miranda misericordia”; “cujus potestas viget et dominatur in omnibus mundi finibus”, *Fragmenta mariana*.

¹⁹⁰ *Ibidem*.

¹⁹¹ “Assumpta super angelos/ Excedit et archangelos; / Cuneta Sanctorum merita / Transcendit una femina”(*PL* 145, col. 934 A).

¹⁹² *Opusc.* 34, 3 (*PL* 145, cols. 586-587). “Verum hodie Regina mundi pro nobis preces fudit, meque cum multis aliis de locis poenalibus liberavit; tantaque multitudo per interventionem ejus hodie est de tormentis erepta, ut numerum totius romanae plebis excedat” (testimonio de un tal Juan, sacerdote y religioso).

¹⁹³ *Serm.* 36 (*PL* 144, col. 753 B): “Quia ille ex ea prodiit per materiam carnis qui caput est et initium omnium rerum per essentiam deitatis”. Y Pedro Damiano llama a María: “Parens parientis, oriens orientis, fons fontis vivi, origo principii”.

¹⁹⁴ *Serm.* 44.

¹⁹⁵ “Tu, ora pro me; tu, obsecra, cujus nimirum vota non possunt despici, cujus preces in ejus conspectu nequeunt parvipendi”, *Preces ad Filium* (*PL* 145, col. 921 B).

¹⁹⁶ “Optima sane spes est apud eam habere confugium, quae scilicet inter omnes coelestis curiae senatores, impetrandi apud Deum primum obtinet locum” (*Epist.* 29,6, *PL* 144, col. 420 A).

¹⁹⁷ Col. 740 B (Nicolás de Claraval).

¹⁹⁸ “Per te salutem perditam adepti sumus, Per te virtutem contra saevissimi hostis tyrannidem habemus. Per te solvitur eius effera malignitatis astutia. Per te premitur et dejicitur ejus potentia et ipse qui caput est super omnes filios superbiae tua tuaeque prolis atteritur humilitate” (*Fragmenta*).

sus puertas¹⁹⁹. Ella es “la escalera del paraíso que une el cielo y la tierra, los abismos y las cimas”²⁰⁰. “Por ella, el Hijo de Dios llegó hasta nosotros, además el hombre pegado a la tierra podrá subir hasta la intimidad de Dios”²⁰¹ porque María “paga nuestras deudas, apacigua nuestros temores, lleva nuestros deseos, colma nuestras esperanzas”²⁰², nos conduce de la mano por los caminos que fueron los suyos, “caminos de rectitud, de belleza, de plenitud y de felicidad”²⁰³. Así, bajo la dependencia real de Cristo, no cesa de construir la Iglesia a imagen de su Primogénito, injertando nuestro envejecimiento en la juventud de Jesucristo, haciendo de nosotros un pueblo de sacerdotes, un pueblo de reyes”²⁰⁴.

VIII. LA DEVOCIÓN A MARÍA

No podemos pues sorprendernos de que ese sentido de María haya marcado la vida cotidiana de san Pedro Damiano. Ella fue verdaderamente su estrella, la madre a quien muchas veces miró, rogó e hizo rogar. Lo prueban esas “rimas” y esas oraciones de alabanza y de súplica que compuso y cantó en lo secreto de su celda de ermitaño, o a lo largo de las rutas de su ministerio de obispo y de legado del papa. Lo prueba su alegría ante la introducción del *Magnificat* en el oficio de Vísperas. ¿No ve allí la cotidiana evocación de su bienaventurada maternidad en esa tarde de la historia de los hombres? Porque “María, en el atardecer de la larga jornada de los siglos, en el crepúsculo de la historia del mundo, hizo surgir la luz del Verbo eterno. Entonces abrió su corazón cantando alabanzas: ‘Mi alma glorifica al Señor’. Siguiendo su ejemplo, la Iglesia universal, madre de todos los cristianos, habitada por la misma luz que María llevó en su seno, glorifica con pleno derecho, al acercarse el atardecer, a su Salvador, y exulta en El llena de agradecimiento”²⁰⁵.

Se ha dicho que Pedro Damiano había introducido en la Iglesia la costumbre del oficio cotidiano de la bienaventurada Virgen María. Esto no es exacto ya que encontramos esta devoción mucho antes, por ejemplo en Cluny. No obstante debemos reconocer que él fue el propagador celoso y entusiasta del mismo, habiendo constatado en sí mismo los efectos bienhechores y casi milagrosos de esta devoción²⁰⁶. Difundió igualmente la consagración de la jornada del sábado a Nuestra Señora “en quien el Verbo de Dios celebra su sábado”²⁰⁷, “en quien nosotros, a nuestra vez, debemos saber reposar del duro trabajo de nuestra vida”²⁰⁸.

Pero, lo que me parece más personal y más teológico de su devoción a María es ciertamente su decisión de poner completamente su ser y su vida en sus manos, consagración que anuncia ya a san Grignon de Montfort. Pedro Damiano piensa que es preciso “entregarse” a María, encomendarse a su sonrisa de Madre y de reina vivir para ella “como un siervo con respecto a su soberana”²⁰⁹. Se supone que cuando visitó Cluny el incomparable, se enteró de la existencia de

¹⁹⁹ *Hymnus in Annuntiatione* (PL 145, col. 933 D).

²⁰⁰ Pedro Damiano llama con agrado a María “escalera del cielo”, o más aún “escalera entre el cielo y la tierra, puente que une las cimas con los abismos”.

²⁰¹ “Te Deo factam liquet esse scalam, / Quae tenens summum, petit altus imum, / Nos ad excelsi remeare coeli / Culmina dona” (PL 145, col. 934 D).

²⁰² PL 145, col. 939 B.

²⁰³ *Fragmenta mariana*.

²⁰⁴ “Cujus indeficiens manet et manat alveus pietatis; cujus misericordia in omni terra, in omni tempore, in omni humano genere” (*Ibidem*).

²⁰⁵ JUAN DE LODI, *Vita Sancti Petri Damiani*, 15 (PL 144, col. 132 C y PL 145, col. 935 A).

²⁰⁶ *Ep.* 32,6 (PL 144, cols. 431 B - 432 A) y *Opusc.* 33 (PL 145, col. 564 D): “Quam fideliter aeterna (alimenta) sperabunt, que beatae Reginae mundi quotidiana horarum omnium vota persolvunt”.

²⁰⁷ “Pulcher etiam mos in nonnullis ecclesiis inolevit, ut specialiter ad ejus honorem per omne sabbatum missarum celebrentur officia” (*Ibid.*).

²⁰⁸ “Sabbatum, quod requies interpretatur, satis congrue beatissimae Virgini dedicatur. Quam nimirum sibi Sapientia domum aedificavit atque in ea per humilitatis assumptae mysterium, velut in sacratissimo lectulo requievit. Cui prefecto condignus honor impenditur exhibentibus procul dubio certae defensionis auxilium providetur” (*Ibid.*, col. 566 A).

²⁰⁹ “Velut servile mancipium se tradidit” (*Opusc.* 33: PL 145, col. 566 D).

esa práctica²¹⁰. San Odilón –cuyas “Mirabilia”²¹¹ escribiría Pedro Damián– exclamó un día a los pies de Nuestra Señora: “Tómame a tu servicio, ¡Oh soberana mía!. Yo me declaro tu siervo para siempre”²¹². Pedro Damián sintió que todo eso estaba en la lógica del misterio de María. Por otra parte, cita como ejemplo a su propio hermano Marino, según el testimonio de un tal Severo, su padre espiritual. «Cuando estaba en la flor de la edad, nos relata, tironeado por toda clase de pasiones, Marino se arrojó un día delante del altar de la Virgen, desnudo, con la cuerda al cuello, para entregarse a ella como su siervo, su propiedad: “¡Oh mi gloriosa soberana, le gritó, heme aquí ante ti en mi indignidad. No veo más que un solo remedio a mi miseria: entregarme a ti y someterme al yugo de tu amor. Doblega al rebelde que soy, busca a este obstinado. Que tu misericordia no rechace a un pecador, tú de quien la virginidad ha dado a luz al autor del verdadero amor...”»²¹³. Ahora bien, Marino morirá poco tiempo después, rodeado de la presencia luminosa de aquella que lo había liberado y transfigurado.

Pedro Damián no era ciertamente muy amigo de “revelaciones” ni de milagros²¹⁴. Sin embargo al final de su vida le gustó relatar esta o aquella historia edificante cuyos hechos había obtenido de gente sumamente seria, a la que era posible interrogar. ¡Garantía, pues, de autenticidad! Es así como se regocijaba de poder cantar, llegado el caso, las maravillas realizadas por aquella que ni duerme ni descansa y cuyo corazón se enternece al menor gesto de confianza²¹⁵.

Sólo una sola de estas “historias”, infinitamente graciosa. «Un monje, al pasar cada día delante del altar de la Virgen, tenía la costumbre de repetir la antífona: “Regocíjate, madre de Dios, Virgen inmaculada; regocíjate, porque has recibido del ángel el anuncio de la Salvación. Regocíjate porque has dado a luz al esplendor de la luz eterna; regocíjate, María, regocíjate, ¡Oh Virgen!, madre de Dios, tú que eres la única virgen y madre. Que toda creatura te alabe, Madre de la luz, intercede por nosotros”. Ahora bien, un día el monje escuchó una voz que venía del altar: “Tú me has deseado la felicidad, tú también sé feliz”». Pedro Damián conocía este hecho por un tal Raynald, obispo de Cosme, quien lo había sabido por el venerable Humberto, obispo de Santa Rufina²¹⁶.

Lo mismo que su maestro, Romulado de Ravena, Pedro Damián tenía un rostro de fiesta. Supongo que su devoción a la Madre de Dios le dio la clave de la felicidad.

²¹⁰ Cfr. “Dévotions et Théologie mariales dans le monachisme du Moyen Age”, en *Maria* II, p. 554 (Beauchesne, Paris).

²¹¹ *Vita Sancti Odilonis, abbatis Cluniacensis* (PL 144, cols. 925-946).

²¹² *Vita Odilonis* por el monje Jotsad.

²¹³ *Opusc.* 33 (PL 145, col. 566 B y D).

²¹⁴ Cfr. por ejemplo el prefacio de la *Vita beati Romualdi*: “Hoc autem unum in primis lectorem meum nosse desidero quia non multa per eum facta miracula in hac ego descriptiuncula colligam, sed potius, quod ad aedificationem omnimodis attinet, conversationis ejus ordinem referre contendam” (PL 144, col. 954 A).

²¹⁵ “Exsurgat ergo Regina mundi, opponat se, ingrediatur ad Filium et liberet reum” (*Preces ad Filium*: PL 145, col. 921 B).

²¹⁶ “Gaudium mihi annuntiasti, gaudium tibi eveniet” (*Opusc.* 34: PL 145, col. 588 D).